

EL RUBÍ.

**PERIÓDICO TRISTI-ALEGRE,
DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y TEATROS.**

Este periódico se publica los días 15 y 30 de cada mes.

La redacción se halla establecida en la COMISION GENERAL DE LIBRERÍA, calle de Granada, número 74.

PRECIOS DE SUSCRICION. En esta ciudad, **tres reales al mes**; pero no se admiten suscripciones por menos de un trimestre. En las demás poblaciones, **doce reales por tres meses**, franco el porte.

No será atendida ninguna reclamacion que no se haga en carta franqueada.

Automata jugador de ajedrez.



El baron Wolfgang de Kempelen manifestó desde sus mas tiernos años una gran disposicion para la Mecánica. Llamado por su nacimiento y por la superioridad de su talento á desempeñar en el im-

perio empleos importantes, puesto que fué consejero de rentas del emperador, director de las salinas de Hungría y refrendario de la cancellería húngara en Viena, no por esto descuidó el perfeccionarse por medio del estudio en una ciencia hácia la que se sentia irresistiblemente arrastrado. Cuando se creyó ya bastante instruido, quiso llamar la atencion con alguna obra verdaderamente nueva y capaz de darle á conocer como un gran mecánico; y, en efecto, en 1769 anunció que acababa de terminar un automata, el que ejecutaba todas las combinaciones del juego del ajedrez de tal manera, que ganaria constantemente á un adversario que solo fuese jugador mediano.

Nunca ha obtenido nadie écsito mas completo: cuando en 1770 espuso al público en Presburgo, su ciudad natal, esta máquina célebre, todos los hombres instruidos no hablaban de otra cosa, y entonces se renovó esactamente la historia del

diente de oro. Los periódicos de Europa alabaron á porfía y enfáticamente al autor de obra tan perfecta.

El autómeta, revestido de un suntuoso traje oriental, estaba sentado delante de una especie de bufete sostenido por cuatro ruedas, el que, según decían, encerraba los cilindros y demás piezas que hacían mover la máquina. El baron de Kempelen empezaba por enseñar con grande aparato su autómeta: oíase sonar los resortes como los de un reló, y entonces el brazo del turco se levantaba lentamente, adelantaba la mano hasta la pieza que debía tomar, la alzaba y la trasportaba en seguida á la casilla á donde correspondía ponerla. Era inútil querer engañar al autómeta con una jugada contraria á las reglas, porque inmediatamente volvía á situar la pieza en su lugar al mismo tiempo que meneaba la cabeza negativamente. Cuando daba jaque al rey, veíase agitarse los labios del jugador mecánico, y se escapaba de ellos un soplo, un sonido débilmente articulado, en el que casi se percibía la palabra alemana *sha* ó *she* (jaque), lo que era mas que suficiente advertencia para un adversario de tal especie.

Los observadores no tardaron en advertir que esta máquina maravillosa no operaba por un movimiento interior. ¿Cómo era posible que por un simple mecanismo se consiguiese que el autómeta jugase un juego en el que tanta parte tiene la inteligencia humana, y en el que no se puede sobresalir sin un profundo estudio unido á una larga práctica? Pero ello es que no lograron adivinar de que medios se valia Kempelen para obtener aquel resultado. Sin embargo, varios mecánicos de fama se propusieron penetrar este misterio, y uno de ellos (Deerepms en su *Máquina descubierta*) sospecha que habia una mano oculta en el bufete de que hemos hablado, el que tenia cerca de cuatro pies de largo por dos y medio de ancho; pero otro hombre, cuyo aserto no es de menos valor en la materia, L. Dutens, *después de haber examinado con atención todas las partes de la mesa y de la figura, afirma que el niño ó el enano mas pequeño no habria podido ocultarse en la una ni en la otra.* Lo que acababa de confundir á los observadores es que el baron de Kempelen convenia en que él mismo daba direccion á los movimientos del autómeta; mas ¿por qué medio? Por lo comun estaba siempre apartado de la máquina hasta la distancia de cinco ó seis pies, y aun á veces pasaba á otra habi-

tacion y dejaba jugar á su turco hasta cuatro veces seguidas sin aprocsimarse á él.

En 1783 visitó el autómata las capitales de Francia é Inglaterra, siendo acogido en todas partes con la misma admiración y, sobre todo, con la misma curiosidad. En 1819 fué llevado á Londres por segunda vez.

Hoy, que este secreto se asemeja mucho al de la comedia, se puede confesar públicamente que la mesa encerraba con efecto á un hombre; pero no se crea que con haber pronunciado esta palabra queda ya explicado el enigma. En primer lugar, ¿cómo introducían á este hombre? ¿cómo le ocultaban á los ojos de los curiosos espectadores, á quienes se les mostraba el interior del bufete?

Este estaba dividido en dos compartimentos, y como nunca se enseñaban ambos al público al propio tiempo, el motor problemático, sentado en una tabla con ruedas, pasaba diestramente al uno mientras abrian el otro.

He aquí resuelto el problema en cuanto al motor; pero como la ejecución no se limita á una suerte de escamotaje, á un juego de pasa-pasa, es preciso adivinar como un hombre encerrado en un cajón que no es trasparente, puede no solo ver las jugadas que se hacen, sino también dar movimiento al autómata con inteligencia y precision.

El director, provisto de dos cosas de absoluta necesidad, una bujía para alumbrarse y un juego de ajedrez de viaje (1), cuyo tablero tiene las casillas numeradas, entra en el cajón que forma la mesa y el que está cerrado casi herméticamente. Otro tablero, numerado también, aparece encima de su cabeza y forma el reverso del en que juega el autómata. Las piezas, fuertemente cebadas en piedra imán, agitan unas basculillas de hierro que guarnecen el *tablero-reverso*, indicando de esta manera al motor, atento á su movimiento, cada jugada del contrario, que repite al punto en el que tiene delante, haciendo en seguida la suya. Acto continuo, por medio de una cigüeña, que mueve el brazo del turco, y de un resorte elástico, que imprime movimiento á sus dedos, hace obrar la máquina con tal prontitud y precision, que provoca con

(1) Solo se diferencia de los comunes en tener cada pieza una espiga de hierro, que entra en el bujero abierto en cada casilla, evitando de este modo el que puedan caerse aquellas.

justa razon el asombro de los espectadores.

El autómata, como ya hemos dicho, despues de hacerlo adquirir al mecánico del rey de Baviera, que era su inventor, una reputacion inmensa de hombre eminente en su ciencia, quedó desmontado y casi olvidado en un desvan del palacio de Federico el grande que, segun todos saben, era muy aficionado al ajedrez y que pagó por él una suma inmensa. Napoleon, durante una de las veces que la victoria le llevó á Berlin, fué causa de la resurreccion de la máquina: luchó con ella, y experimentó, segun afirman, bastante despecho por haber quedado vencido. Desde esta época el autómata adquirió de nuevo su antigua boga y volvió á empezar sus viajes.

Hará unos catorce ó quince años que Mr. Maelzel, á quien se debe entre otras invenciones la del *metrófono*, y que poseia ya el *Panharmonicon* y el *Autómata-trumpeta*, máquina que recordamos haberse ensaiado al público en el teatro de esta ciudad hácia el año 23, le compró y dió en espectáculo á los parisienses, cuya curiosidad escitó de un modo asombroso.

No tenemos noticia de que el *Autómata jugador de ajedrez* haya sido traído á España en ningun tiempo, é ignoramos quien es su actual poseedor, ni donde se encuentra en la actualidad, pues aunque algunos datos nos hacen creer que viaja por América, no podemos afirmarlo. C.

LA CONQUISTA DE MALAGA.

NOVELA HISTÓRICA.

III.

Venganza.

Ali-Fax, segun dejamos referido, había sacado á Moraima violentamente de su habitacion, y atravesando con ella por lo mas recio de la pelea, que era el único camino que se le presentaba, la depositó sin sentido en manos de un soldado en quien tenia entera confianza. Pero no saciaba esto su rencor: volvió al lugar de la refriega, y logrando acercarse á Muley, le partió el

cráneo de una cuchillada. Pocos momentos antes había caído el que le defendía tan valerosamente, su esclavo Robles, y pocos momentos después Ali, arrastrado por sus soldados, se hallaba en la muralla dando algunas necesarias disposiciones y sin experimentar inquietud alguna, pues tenía en su poder á Moraima y estaba seguro de la impunidad de su delito.

Ali-Dordux, el prometido de la jóven mora, amaba á esta casi tanto como al metal que encerraba en sus arcas, porque siendo la especulación el móvil de su vida, había considerado su union con ella como un contrato en que ganaba gruesas sumas, puesto que le hacía dueño de las grandes riquezas de Muley. Conseguido esto, le hubiera sido indiferente la hermosura ó fealdad de su esposa y el ser ó no dichoso con ella, porque su felicidad verdadera la cifraba en el dinero.

Ya había visto y conocido la aficion que Ali-Fax tenía á la bella mora, á pesar de que Muley procuró ocultarle lo ocurrido con aquel, y sus celos se despertaron, ¡los celos de un codicioso! Nada escapó á su perspicacia: creyendo en peligro su *negocio*, este hombre, cobarde como todos los avaros, se hizo valiente por miedo de perder su tesoro, y ya había tenido varias reyertas con su rival, aunque sin manifestarle nunca el verdadero motivo que á ello le obligaba.

Fax, por el contrario, era franco y esforzado, no sabiendo ventilar sus desavenencias sino con las armas, al paso que Dordux solo hubiera recurrido á estas en el último extremo, porque las suyas habituales eran la astucia y el engaño. Había seguido al jefe de los albarbares cuando penetró este en el palacio del gobernador, y visto cuanto ocurriera entre él y Moraima, reservándose el acometer á su rival para robarle á la jóven si se presentaba ocasion de hacerlo sin grave peligro de su vida: así es que cuando observó que se la entregaba á un soldado, tuvo en ello grande satisfacción, pues este era un enemigo poco temible, de quien con facilidad podía deshacerse.

En efecto, la ciudad toda estaba en conmocion, los espíritus ajitados, la sangre había corrido en abundancia, y por consiguiente la muerte de un albarbar mas no podía ser notada. Siguió, pues, Dordux al soldado, que caminaba con la jóven destamayada en sus brazos, y cuando le vió penetrar en una solitaria callejuela, le acometió por la espalda, le dió de puñaladas, y huyendo en seguida con la mora, la ocultó en una de las casas inmediatas, que era de un amigo suyo.

Un débil suspiro de Moraima hizo conocer al negociante que aun respiraba; pero al abrir aquella los ojos, notó que sus pupilas estaban fijas y vidriosas como las de un moribundo, y temió

por su vida; vida que le era tanto mas preciosa, cuanto que ya sabia la muerte de Muley.

Estrechó entre las suyas una de las manos de la jóven, y exclamó:

—Moraima! ¡Moraima! ¿no me conoces? Estás salvada: ese infame ha calculado mal, y te hallas en los brazos de tu esposo, que necesita de tu aliento para animarse, para vivir, que moriría si tu murieses. Ali-Fax.....

—Ali-Fax! repitió la mora con voz doliente; y como si aquel nombre tuviese para ella el poder de la electricidad, se incorporó, disponiéndose á defenderse del albarbar, que creia tener á su lado.

—Por piedad! tranquilízate, Moraima. Soy yo, soy Ali-Dordux, que he tenido la dicha de arrancarte de las manos del infame que intentaba robarte.

La jóven dirigió entonces la vista hácia su futuro esposo, y aunque su mirada espresaba reconocimiento, un observador habria advertido que la presencia de aquel hombre le causaba disgusto.

—Y mi padre? le preguntó despues de una pausa, y tratando de coordinar sus ideas.

—No le he visto.

—Y con esa tranquilidad lo decis?... Y así os estais?... Mas os hubiera agradecido el que permanecieseis á su lado que el servicio que acabais de prestarme. Sabiendo que está en peligro y que su vida es mi vida, como amigo, como futuro de su hija, como caballero, debisteis no abandonarle.

—Ah! perdóname, Moraima; pero te amo tanto, que el temor de perderte ha sido la única idea que se ha ofrecido á mi imaginacion.

—Luego no sabéis el resultado del combate?

—No.

Un largo silencio siguió á estas palabras.

Entretanto, despues de haberse cerciorado los mas incrédulos de que estaban sitiados por los leoneses y castellanos, habian corrido á buscar á su jefe, á su verdadero jefe, á Muley, á quien habrian pedido de rodillas el perdon de la reciente ofensa. Muley les condujo siempre al campo del honor y les hizo alcanzar mil veces el laurel de la victoria, ó bien les habia consolado en los dias de desgracia, lisonjeándoles con el recuerdo de que habian cumplido como valientes con las leyes del honor. Esto no podian olvidarlo por mucho tiempo, y si bien prestaron oídos á las palabras de Ali, el peligro les hizo mudar de opinion; el instinto de la conservacion se habia despertado en ellos, y necesitando de un hombre de confianza que les dirigiera, pensaron en su antiguo jeneral.

Pero cuando llegaron á la Alcazaba y supieron la triste noticia de la muerte de este, no tuvo límites la desesperacion del pueblo. Gritos lamentables resonaban en las calles, y las voces de ¡Muley ha muerto! ¡los castellanos nos cercan! ¡estamos perdidos! eran las únicas que se oían. Bien pronto estos lúgubres clamores llegaron á los oídos de Moraima.

Al principio creyó la infeliz que aquellas fatídicas palabras que percibía eran solo hijas de su delirio; pero no tardó en convenirse de la terrible realidad. Las mujeres educadas en la secta de Mahoma, que ordena la destruccion, no reparan en nada para saciar el instinto de venganza que se despierta en su corazón; así es que Moraima no derramó ni una lágrima por la muerte de su padre; mas luego que pasó el primer momento de sorpresa y de dolor, juró sacrificar á los manes del autor de sus dias al feroz asesino, que no dudaba fuese Ali-Fax, y al imbécil pueblo que habia cooperado á aquella horrible venganza.

Dordux, que aun permanecía á su lado, y que, fijo su pensamiento en una sola idea, no habia prestado atencion á los gritos del pueblo, aprovechaba los momentos del silencio de Moraima para pintarle su amor con los colores mas vivos é instarle á que acelerase el instante de su union; pero no obteniendo respuesta, pues que la afligida mora no le escuchaba. Empezaba á desesperarse, cuando de pronto oyó que la jóven le decia:

—Queréis que os ame?

—Y me lo preguntas tú?

—Pues habeis de jurar por Alá que haréis lo que os ordene.

—Lo juro desde luego.

—Han muerto á mi padre.....

—No creo que haya sucedido tal desgracia.

—¿Pues no escucháis los gritos de todo el pueblo, que se lamenta de tan terrible suceso?

—Con efecto! exclamó Ali-Dordux, prestando oído á las voces que resonaban en la calle y fingiendo sorpresa y dolor. Ah! ¡pobre amigo mio!

—Pues bien, añadió Moraima, si es cierto que le amabais, si es verdad que me amais á mi, tratemos de vengarle.

—Péro como?

—Todo el pueblo ha contribuido á su muerte, y todo el pueblo debe sufrir las consecuencias de este crimen.

—Es justo.

—El rey D. Fernando acaba de sitiar la ciudad... Buscad los medios de entregársela.

—Qué me propones? ¿Tendrás la suficiente serenidad para ver de gollar á tus hermanos?

—Y no la han tenido ellos para ver morir á mi padre? Solo haciendo lo que os propongo, lograréis ser mi esposo.

—Ah! eso basta para decidirme... Haré lo que me pides.

Y dicho esto, salió de la estancia para meditar en el modo de dar cumplimiento á esta promesa.

Muchos dias trascurrieron. Algunos despues del de la muerte de Muley corrieron rumores de que el autor de esta habia sido Abenconija. No se sabia de donde traia su origen aquella noticia; pero corria como muy cierta y se citaban testigos y hechos, afirmando que le habia inducido á ello la envidia que á su hermano profesaba por el mayor respeto, veneracion y aprecio que le tenia el pueblo.

Inconcebible es hasta donde puede llegar la ambicion del hombre y á lo que puede arrastrarle. Dordux concibió con la rapidez del rayo un proyecto que alhababa sus ideas, y en vez de desmentir esta calumnia, procuró fomentarla, porque así facilitaba el cumplimiento de su promesa á Moraima, y al mismo tiempo hacia que las riquezas del gobernador pasasen á ella, viniendo en seguida á su dominio al unirse con la jóven.

Ya se proyectaba la muerte de Abenconija y se formaba un plan para verificala, fundándose los conspiradores en que además del horrendo crimen de que era culpable, padecian los habitantes de la ciudad hacia algun tiempo todos los horrores del hambre y la miseria, y el gobernador se negaba á capitular con los castellanos.

Y con efecto, desgraciada era la situacion de los infelices musulmanes. Se veian obligados á no consumir mas que una pequeñísima parte de las escasas provisiones de boca que les quedaban, para no perecer al dia siguiente, y no sabian si este dia, tan deseado y tan temido, les traeria la muerte, causada por el hierro cristiano ó por el hambre.

La insubordinacion iba tomando incremento, la trama seguia urdiéndose. Estos momentos no podian ser mas favorables á los planes de Dordux: así es que en una reunion que tuvieron los conjurados, manifestó que jamás podria perdonar al matador del que ya llamaba su padre, y que, por lo tanto, su opinion era que se nombrase una diputacion que fuese á ofrecer á los reyes católicos la entrega de la ciudad, admitiendo cualesquiera condiciones que estos presentasen, puesto que por muy vejatorias que fuesen, siempre eran preferibles á los horrores del hambre; y que se hiciese aparecer entretanto á Abenconija como el promovedor de estas negociaciones, con lo cual se lograria irritar mas y mas contra él al populacho, dando por resultado el que fuese hecho pedazos por este.

Unánimes aclamaciones recibieron estas palabras, y Ali-Dordux fué nombrado por pluralidad de votos, y con gran satisfacción uya, jefe de la diputación encargada de llevar las proposiciones de entrega al rey don Fernando.

Fax había buscado inútilmente á Moraima, y acabó por creer que se hallaría en el palacio de su tío. Esto le movió á esparcir la voz de que él era el asesino de su hermano, con el objeto de aprovechar de nuevo las circunstancias y arrebatár á la jóven por segunda vez. Grande fué su gozo cuando vió, pues formaba parte de la asamblea de conspiradores, que su rival le favorecía proponiendo las capitulaciones, y mayor le tuvo cuando este quedó nombrado jefe de la diputación que había de trasladarse al campamento cristiano, porque de este modo podía obrar con mayor libertad, y se proponía conseguir su objeto antes del regreso de Dordux. Así es que no solo no se opuso á cuanto este hizo, sino que lo apoyó con todas sus fuerzas.

Abenconija lloraba entretanto la muerte de Muley y creía perdida á Moraima para siempre; pero firme y resuelto, daba treguas á su dolor para defender de los enemigos de su religión y de su rey la ciudad que le habían confiado.

Robles, curado apenas de su herida, se dedicó á buscar á su amada y un medio para refugiarse con ella á los reales de Fernando 5.^o; mas no logrando lo primero, aun no había pensado en lo segundo. Sin embargo, no le cabía duda de que uno de los dos rivales la guardaba, y se decidió á espiar las acciones de ambos.

El día que salió Ali-Dordux para su misión, le había segaido hasta la puerta de Granada, y en ella oyó que le decía á uno de sus criados, el cual le había acompañado hasta allí:

—Ten gran cuidado con mi jóven primo, porque es muy fogoso y podría serle fatal cualquier indiscreción. Que se oculte hasta mi vuelta.

Robles, que sabía que no tenía Dordux pariente alguno en Málaga, siguió al criado.

EL POBRE DIABLO.

A.....

SONETO.

Ese color que en tus mejillas brota
Al escuchar un amoroso acento,
Inspira, niña hermosa, un pensamiento
Que destila inocencia gota á gota:

Y el ánima contempla tan remota
La imájen de tan grato sentimiento,
Que la mira elevarse al firmamento,
Dó sobre tintas azuladas flota.

Que pasan las ideas mundanales
Como el torrente en recios borbotones,
Perdiéndose en undosos arenales;

Mas la virtud, desnuda de ilusiones,
Despide aromas puros y reales,
Y es su mansion del cielo en las rejiones.

Baena 6 de Julio de 1846.

JOSÉ BUJALANCE Y AGUILAR.

QUIEN LO PENSARA!

NOVELA.

II.

SOL DESPEJADO.

Nos parece ya indispensable poner en conocimiento de los lectores la causa de las penas que mortificaban el corazon del excelente señor marques del Acueducto.

Poco antes de terminarse los seis primeros meses que de ventura iba contando el feliz esposo, se trasladó la enamorada pareja del campo á la ciudad, porque el invierno amenazaba ya con algunas avanzadas de glaciales, dañosos vientos, que iban despojando á los jardines de sus flores, y á las selvas de sus hojas.

Un magnífico palacio, lujosamente amueblado, con balcones á dos calles, era la mansion de Teodora, cuya morada bien pronto se denominó *el invierno de la dalia y del chopo*.

El marqués no pensó en dar bailes en los espaciosos salones de su casa; no imaginó siquiera organizar una tertulia, delicioso pasatiempo en las interminables noches de invierno; le agradaba mas irse con su esposa á un palco del teatro, y recogerse á una hora, como se dice, regular, despues de una sabrosa cena y de un rato de amable conversacion con Teodora. «No he de contribuir yo, decia para sí, á la peligrosa holganza de los jóvenes del día, presuntuosos, despreocupados y atrevidos. En mil ventanas hay siempre hermosísimas doncellas, que admitirán sus pláticas amorosas, y allí y en otras cien partes mas pueden entretener sus deseos de conquistas. Para ellos es cosa corriente que: *tantos señores casados, tantas casas de recepcion*. No lo será la mia.»

Ved en esto un síntoma de...—ceño?—No. Una muestra de...—temor?—Tampoco. Un... un... fruto de prudencia.

Teodora, aquella joven feliz, que no echaba de menos ningun goce, que no tenia ideas de la seducción, que no pensaba en fruiciones mas positivas que las que su esposo la hacia gustar, porque era casta y buena, con esa bondad que salva á la virtud, porque no la espone al combate; con esa bondad, en fin, que los libertinos llaman tontería, y no inocencia; ó inocencia, pero no virtud, Teodora, decimos, jamás se mostró contraria á las ideas de

su esposo, y este no hallaba obstáculos para plantear el régimen doméstico que, a su modo de ver las cosas, sería mas conveniente. Un piano, una linda pajarera, un palomar, prometían bastante y regalada distracción a los consortes, bienaventurados *Adán y Eva* de aquel pequeño paraíso, con sus árboles y flores en un reducido jardín, cultivado por los dos con esquisito esmero (1).

Mas he aquí que un día le parece al marqués haber visto al demonio: sí, al mismo Satanás, no en forma de serpiente, sí que de criatura humana.

Los celos, esa enfermedad que muchos maridos padecen en fuerza de querer padecerla, atacó a S. E. Celos! ¿y de quién ó de qué? La cándida Teodora con nadie hablaba, si exceptuamos a su padre y al marqués; y aun al primero no con mucha frecuencia, pues gracias a la jenerosidad del venturoso yerno, podía ya el patriota suegro recorrer en un buen coche de camino toda la provincia, para revistar las *barracas* de sus cofrades, y tenerlos y estar el al corriente de cuanto ocurría en el mundo político, que era el suyo.

Mas necesitan acaso los celos que un objeto de bulto los escite? ¿No los tuvo el buen doncel de Villena del aire que respiraba su Elvira, segun Larra? Pues aquí es preciso confesar que habia algo mas que aire: aquí habia un hombre eternamente asomado a un balcón situado frente por frente de la reja del cuarto de Teodora.

La perspicacia no era la cualidad que en mas alto grado distinguía al marqués; pero sí lo que él se figuraba que le era innato, y tal vez la razon esté de su parte. Lo cierto es que vió al hombre aquel, y tuvo celos. Y si al verle tuvo celos, algo, amigos míos, le revelaba la hostilidad de aquel ser impertinente. ¿Cómo, sinó, explicarémos una porción de fenómenos que tienen lugar en la vida de las ciudades? ¿Son por ventura visionarios casi siempre tantos maridos celosos, que pululan por todas partes, maridos de mujeres recatadas, muy prudentes, virtuosísimas? ¡Visionario el Sr. marqués del Acueducto! Ya lo deje consignado al principio de esta verídica narracion, y esto sírvame siempre de descargo si algun dendo ó comensal del marqués me interpela acerca de mi opinion respecto del talento de S. E. S. E. dije, es un hombre de bien; y ahora sería un *ex-abrupto*, á todas luces incoherente, decir que el tal señor, marqués y todo, es un tonto.

Repito que si al ver á aquel hombre tuvo celos, alguna razon, secreta si se quiere, predispuso el ánimo de S. E. al temor, á ese temor que influnden los celos; temor que cabe en varón constante, no lo dudeis. Justamente, pues, le parecían al marqués huéspedes sus dedos; y si hubiera de haber seguido los impulsos de su corazon, se habria ido con Teodora á un desierto, y sobre la cumbre del monte mas elevado habria dicho: «*Hagamos aquí dos tabernáculos; uno para tí, y otro para mí, ¡ó amadísima!*» Sí; es bueno estar lejos, muy lejos del hombre, porque los ojos del hombre fascinan; porque su aliento abrasa y mata su lengua. ¿Qué! ¿así se deja expuesto á las consecuencias de un riesgo inminente lo que mas se ama? ¿Habéis amado alguna vez? ¿No habéis temido entonces cuando tembló la tierra, ó las nubes lanzaban rayos, y el huracan maltrataba los jardines, y siempre por el objeto amado? Porque entonces creemos que el azote del destino puede herir á aquella por quien vivimos. Pues bien, cuando un hombre audaz revela y despues confirma con su perseverancia indeclinable que codicia lo que poseéis lejítima y pacíficamente, cuando veis sus ojos siempre fijos en el idolo de los vuestros, ¿no presajiais una catástrofe? Sangre ó des-

(1) Lo que allí faltaba al recreo de S. E. era el río, que tan abundante pesca le habia proporcionado. Pero en cambio tenia un palomar, y ¡ah contradicción! en el campo el marqués privaba de la libertad á los habitantes del río; en la ciudad facilitaba alguna á los vecinos del palomar. Ambas cosas le divertían, y esa razon bastaba. Qué inocencia! ¡qué suaves inclinaciones.

honor: bé aquí las dos palabras que se ven escritas en todas partes. La elección no es dudosa: ¿quién prefiere el deshonor? Sería un ente fabuloso... ¡El deshonor! «Antes morir,» dijo el marqués, haciendo casi los mismos raciocinios.

Pero esperó. Cuatro veces en cuatro días había visto al espectro frente de su palacio: aquel hombre era un ente de estatura desmesiadamente elevada, delgado en demasía, de rostro pálido, en cuyo óvalo brillaban dos ojos azules de atrevida mirada. Por lo demás, el traje del vecino era suntuoso; sus maneras delicadas y su frente noble. El demonio le pareció al recién casado al verle por la primera vez, el demonio de la seducción, y un sudor frío fué otro de los síntomas que reveló la inquietud del marqués al cuarto día de aquella visión temible. Cuatro días más le pusieron gravemente enfermo: el cometa permanecía estacionario; la catástrofe sería inevitable y espantosa.

(Se continuará.)

JUAN VILA Y BLANCO.

CRONICA TEATRAL.

En nuestro número anterior tuvimos el gusto de anunciar á nuestros lectores la venida de la señora doña Matilde Díez y el señor Arjona.

El domine consejero, comedia en dos actos, y **Trapisondas por bondad**, en uno, y ambas muy conocidas, fueron las que eligió el Sr. Arjona para su primera salida, que se verificó en la noche del 23. Solo diremos en su elogio que logró *hacerlas nuevas*, pues aunque ya habíamos visto las **Trapisondas** hechas por el mismo, no se había aun conquistado el lugar á que su indubitable mérito artístico le hace acreedor. La concurrencia fué escasa. ¿Podríamos achacarlo á que se presentaba en la escena un artista español?... Preferimos creer que la causa fué el escaso calor que estamos experimentando en el presente verano.

El día 25 se presentó la señora Díez con **La escuela de las coquetas**, y el 26 ejecutó la **Buena noche**.

En las artes de imitación es donde más dificultades se toman para llegar á la perfección; y si un buen pintor es una alhaja preciosa, rara, y del estimable, con mas razon debe apreciarse un perfecto actor. La señora Díez, imitando, habla á los sentidos y al corazon, paraliza la acción de los unos y hace latir violentamente el otro; no hay suficiente vista para mirarla, ni oídos para escuchar las cadenciosas armonías de su voz. Su tristeza causa tristeza, su dolor se comunica á su auditorio, y hasta una sonrisa soya para que aparezca la serenidad, para que se desarrugue la frente más adusta.

Sentimos no tener espacio para manifestar, en cuanto nos fuera dable, lo que experimentamos al oír los elevados versos, los sublimes pensamientos de nuestro **Stubi**, de la preciosa piedra de nuestra literatura, en boca de un ser sobrenatural por su talento, pero que desciende á lo humano para hacerse entender, aunque sin perder nunca la divina magia que le rodea.

El Sr. Arjona desempeña inimitablemente su papel de don Valentín Rompeplantas en **La escuela**, y el protagonista de **A un cobarde otro mayor**, que se ejecutó la misma noche. También ha cantado **El valentón del Perchel** con gracia y maestría.

Los demás actores se han esmerado en el desempeño de sus respectivos papeles, y no hemos dejado de conocer que lo que le falta á la mayor parte de los que componen la compañía que actúa en esta ciudad, no es aplicación ni disposiciones, sino estímulo y buenos maestros. La Sra. Llorens sacó muy bien el corto papel que se le confió en **La escuela de las coquetas**; el Sr. Warelba se ha sobrepasado á sí mismo; y, por lo jeneral de todos se puede decir, otro tanto.

La entrada del día 25 fué mas que mediana; la del 26 mediana, solamente... *Maldito calor!*

Quien hace milagros es la empresa. La elegantísima duquesa del Puerto se ha visto obligada á adaptarse en un tocador algo menos que decente, y en la casa de Haro se encontraban en la mas pacífica fraternidad, dándose la mano, los siglos 16 y 19. (¡Fábula!) de la mezcla de la nobleza y el pueblo. Sin embargo, los empresarios están en buen camino; procuran complacer al público y... todas las mejoras no se han de hacer de un golpe: ellas vendrán. Estábamos sin cuerpo de baile ya se anuncia una parejaita al entrar nuestro número en prensa. Cuando el Sr. Arjona se marche, nos quedamos sin actores de carácter joroso; pero sabemos que está sin ajuste el Sr. Cala, de resultas de la quiebra que ha hecho la empresa que lema contratado, y nos hallamos muy persuadidos de que, según nos han informado, *estarán poniendo en juego los medios para ajustarlo*.

Se anuncia compañía lirica para dentro de algunos dias; toros para el próximo mes, en cuyas corridas vendrá *la notabilidad tauramiquica* á lidiar; y, en fin, no hay duda en que nos vamos á divertir mucho, mucho... si las respectivas empresas se muestran mas humanas que hasta aquí.

F.

Málaga: Imp. de D. Antonio Benigno Cabrera, calle de Granada, núm. 74.